

estimar y considerar á su mujer; y la buena señora, en su deseo de no dejar á su hija soltera el día de su muerte, que ya creía cercano, empezó á interesarse por él y á aconsejarla á ella que le aceptara.

La pobre niña, que quería muchísimo á su madre, pero que sentía mucha repugnancia por semejante novio, por no verse en el caso de tener que ir de plano contra la voluntad de aquella á quien más sentía disgustar negándose á aceptar el matrimonio que la proponía, la pareció mejor decir que no pensaba casarse con nadie y que tenía determinado dejar el mundo.

Y, en efecto, así lo confirmó poco después, retirándose al convento de Santo Domingo, donde profesó y donde, como no tenía naturaleza para la vida claustral y penitente, creo que vive enfermucha, después de haber muerto su madre de hipocondría, originada por la tristeza de verse separada de ella.

—Ya ves—concluyó Juan muy triste—cuántas desgracias acarreadas por mi equivocación, por mi desidia, por no haber dado un par de azadonadas más..., por no haber preguntado al zapatero quiénes eran aquellas señoras...

XI

EL OYENTE

EL OYENTE

—

—Sobre eso me pasó á mí un caso muy curioso—dijo Aurelio Valle—cuando estábamos tomando café, después de la comida semioficial de apertura de curso...

—¡Ah! ¿queréis que os le cuente?—añadió al ver que nos habíamos quedado mirándole como esperando que continuara...

—Pues voy á complaceros... Hablabais de los que asisten á las aulas por mera afición, sin estar matriculados ni ser estudiantes... ¿no es eso?

—Sí, justo: de los oyentes—le contestó uno de los compañeros de claustro;—hablamos de los oyentes y de lo grato que es tenerlos; de lo que halaga al catedrático saber que hay quienes, libre y voluntariamente, acuden á oír su explicación, sólo por el gusto de oírla...

—Precisamente de eso es mi caso...

—Venga, venga...

—Era el segundo año que explicaba yo la asignatura de Derecho Natural, con la que me hallaba muy encariñado.

Ya en el curso anterior, en el de estreno, un periódico de importancia, en el que debía de escribir alguno de mis discípulos, había publicado sueltos laudatorios de mis explicaciones, comenzando por decir que estaban llamando mucho la atención, calificándolas otro día de elocuentes, de profundas, y no sé si también de brillantes, creo que sí, porque algún adjetivo relumbrón bien me acuerdo que había; y acabando, á la tercera vez, por asegurar que todos los días se veían entre mis discípulos personas extrañas á la clase, que acudían al aula número 7 (la mía), «ganosas de escuchar los nuevos y sorprendentes conceptos científicos del joven y docto catedrático».

¿Para qué os voy á decir que aquellos sueltos me disgustaban, si no es verdad? Al contrario: alegando antes como disculpa que era todavía un rapaz, os confieso que me sabían á gloria. Especialmente el último... Aquello de que á mi cátedra fueran oyentes que no eran alumnos ni tenían ninguna obligación de ir, constituía para mí una satisfacción muy grande.

Como nos hallábamos todavía en el período sincero de la libertad de enseñanza, y la asistencia á las clases no era obligatoria ni

aun para los matriculados, no solía yo pasar lista; de modo que no conocía á mis discípulos. Recordaba las fisonomías de los que asistían con frecuencia, y si los encontraba en la calle, sabía que eran discípulos míos, pero no sabía cómo se llamaban. Por eso y porque al aparecer el último suelto quedaban ya pocos días de clase, no era fácil ni posible apenas comprobar la afirmación del periódico; mas considerando que al autor de ella nadie le obligaba á mentir, determiné creerla buenamente bajo su palabra.

Al siguiente curso empecé mi tarea con más esmero aún, si era posible, y con más entusiasmo.

En las primeras conferencias asenté como preliminar la existencia de Dios *ab eterno*, pues si no hubiera existido siempre, no existiría, porque nunca hubiera podido comenzar á existir; luego, la creación del mundo, sacado de la nada por la omnipotencia divina, y como remate y coronamiento de la creación del mundo, la creación del hombre á imagen y semejanza de Dios, hechura en que Dios se complació sobremanera, haciéndola objeto especial de su amor; sér privilegiado á quien dió señorío sobre todos los seres vivientes, porque para eso le hizo inmensamente superior á ellos y poco inferior á los

ángeles, dotándole de razón, de ese destello divino que había de hacer exclamar al gran profeta: «*Visible está, Señor, en nosotros la luz de tu semblante*».

Expliqué cómo el hombre había sido puesto por Dios en el paraíso en estado de gracia, del que cayó por el pecado. Demosté que la trasmisión de los efectos de la caída á los descendientes, ó sea la trasmisión del pecado original, lejos de ser injusta y de repugnar á la recta razón, era conforme á razón y justicia. Y entrando á determinar las consecuencias de aquel pecado, expliqué cómo la razón humana quedó por él debilitada, nublada, por decirlo así, y algo oscurecida, pero no apagada del todo, no muerta; y refuté victoriosamente los errores contrarios á la sana doctrina, así el de los antiguos pelagianos, de que la razón había quedado íntegra y lo podía todo, en orden á la consecución del fin último, sin necesidad del divino auxilio, como el de los protestantes y jansenistas, de que la razón, después de la caída de Adán, no puede por sí nada en orden al bien, y de que el libre albedrío no existe, ó si existe sólo sirve para pecar, no para otra cosa.

Todavía me acuerdo del himno ferviente que al concluir la explicación de aquel día entoné á la libertad humana. ¡Ah, señores!—decía,—la libertad, ese dón sublime de Dios, es nuestro glorioso distintivo, fundamento

de nuestra responsabilidad, base de nuestro mérito... Es reina y señora y dueña absoluta de querer ó no querer, sin que nadie pueda obligarla... Dios mismo, no la fuerza nunca ni la oprime; lo más que hace es moverla suavemente por medio de su gracia divina...

Mis discípulos me oían con bastante atención; rara vez hablaba alguno con el de al lado, y muy pocas palabras, como para hacer alguna pregunta; por lo general, todos solían estar atentos. Pero había especialmente uno que atendía hasta con la vista, mirándome constantemente, sin perder movimiento, ni acción, ni gesto el más insignificante.

Era de alguna más edad de la que suelen tener los estudiantes, pues aparentaba andar á redor de los treinta años; vestía con aseo, pero no con lujo, pues su traje, aunque limpio siempre, estaba algo raído, así como también un poco pasado de moda; y no se sentaba entre los demás, sino destacado de la agrupación que los otros formaban en la alta gradería, delante, en el fondo del aula, en un banquito movable que había cerca de la estufa, ya bien encendida, porque desde la segunda semana de Octubre teníamos un temporal de frío terrible.

La circunstancia del exceso de edad y la de no hacer junta con los otros, me infundieron bien pronto la sospecha grata de que

aquél no era un estudiante, sino un oyente. Por fortuna, esta vez había facilidad de averiguarlo.

Pasé lista un día muy despacito, mirando cada vez que pronunciaba un nombre á ver quién era el que respondía, y, en efecto, el individuo aquel no respondió á ninguno de los nombres leídos.

—Ciertos son los toros—dije para mí con interior satisfacción; y seguí explicando la lección correspondiente, y él seguía prestándome atención especialísima.

A los pocos días se me ocurrió la idea de que podría el caballero aquel no haber contestado á la lista por encontrarse distraído cuando sonó su nombre, y determiné volver á pasarla.

El mismo resultado. A algunos nombres no contestaba nadie: cuando esto sucedía, paraba yo un poco y aun repetía el nombre hasta convencerme de que faltaba aquel alumno: muchos faltaban; pero todos los asistentes fueron contestando á algún nombre de la lista; el individuo aquel que se sentaba solo delante de los demás no respondió á ninguno.

Quedé convencido. Positivamente aquél no era alumno; era un oyente, era un enamorado de mis explicaciones, que desatendiendo

acaso otros quehaceres, acudía constantemente á oirlas. Quedé convencido, y confieso que no exento de vanidad... ¿Quién no la ha sentido á los veintiséis años?

Seguí con entusiasmo mis explicaciones, y siguió el oyente prestándome atención con la intensidad acostumbrada. El día que me tocó explicar la conformidad entre el Derecho Natural y el Derecho Divino positivo, como nacidos de la misma fuente, y establecer la imposibilidad de los supuestos *conflictos* entre la razón y la fe, entre la religión y la ciencia, hasta me pareció que iba repitiendo mis palabras, pues le veía mover los labios á compás de los míos. Era una delicia... Aquel hombre se me estaba haciendo muy simpático... A veces me daban ideas de abrazarle, al salir, delante de todos... Por lo menos necesitaba hablarle, entablar relación con él y manifestarle vivamente mi agradecimiento por su adhesión á mi persona, por su mudo y elocuente homenaje á mi ciencia y á mi palabra.

Días hacía que buscaba yo un pretexto, una ocasión para hablarle, cuando la ocasión vino rodada y á pedir de boca.

En cuanto entró Diciembre empezaron los estudiantes á alborotarse por los claustros pidiendo el *punto*, y á tratar de que no se entra-

se en las aulas. Casi todos mis compañeros dijeron un día en la sala de profesores, donde nos reuníamos antes de empezar, que en sus clases ya el día anterior no habían entrado los discípulos. En la mía siguieron entrando algunos días más; pero llegó uno, el siguiente al de Concepción, en que ya no entraron tampoco, y me encontré solo con mi oyente asiduo, con mi simpático oyente, que había entrado detrás de mí y se había sentado en su banquito como todos los días.

—Hoy parece que nos dejan solos—le dije, tratando de tramar conversación.

Pareció sonreirse un poco, como demostrando asentimiento, pero no me contestó.

«Lo hará por cobardía—me dije;—no se atreverá á hablar conmigo dentro del aula». Y levantándome del sillón, bajé del estrado, y como para darle más confianza, fuí á sentarme muy cerca de él, en otro banco frente al suyo.

—Digo que hoy parece que nos han dejado solos—le repetí,—pero no importa; tendremos la conferencia aquí como dos amigos...

Tampoco me contestó nada en el primer momento; pero pasado éste, y viendo sin duda la extrañeza pintada en mi semblante, colocó la mano izquierda muy extendida detrás de la oreja del mismo lado, como para aumentar el pabellón auditivo, y me dijo en voz desentonada:

—Soy un poco tardo de oído; hágame el favor de hablar alto.

Le hablé alto y no me oía tampoco. Debía de estar más sordo que una tapia. Por fin, á gritos, y en la misma oreja, le dije:

—Entonces, ¿cómo entiende usted mis explicaciones?

—¡Ah! De ninguna manera—me contestó;—no le entiendo ni le oigo á usted una palabra... Pero estoy cesante, no tengo ocupaciones, ni carbón en casa, y vengo á calentarme á la estufa.

Figuraos cómo me quedaría.